

QUE VIENE EL COCO

Eva M^a Lemus Rojas

Podemos decir que la *infancia*, a nadie deja indiferente.

Existe un fenómeno muy curioso que seguro hemos escuchado mencionar a lo largo de nuestra vida a más de un adulto, la frase: “no te das cuenta de lo que tienes hasta que lo pierdes”; sí, cierto; e incluso puede ser que hasta tú mismx se lo hayas dicho alguna vez a alguien. Es curioso que con la infancia pase esto mismo, cuando la vives estás deseando pasarla, pero cuando la dejas, anhelas volver.

En esta etapa cada día puede llegar a ser una gran aventura, a cada minuto se presenta algo nuevo que descubrir porque cada segundo se convierte en un estímulo emocional distinto con el que lidiar.

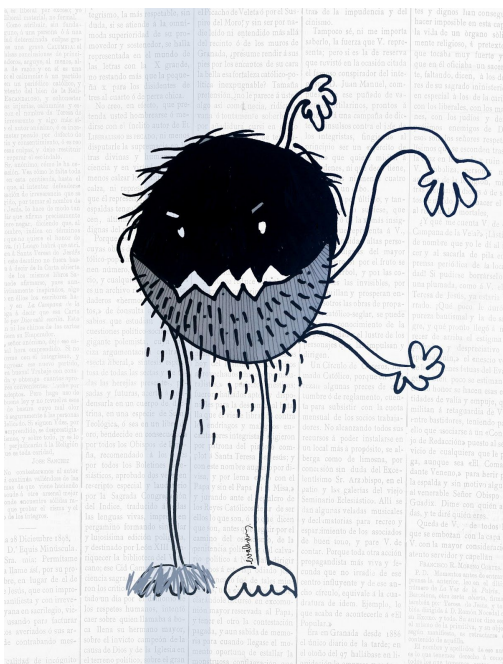
Al echar la vista atrás, muchas veces no recordamos lo que sentíamos en aquel período remoto; aún así, asociamos la infancia con los sentimientos de protección, inquietud, tranquilidad, etc. Pero no todo era tan atractivo, porque en esa edad hay algo a lo que nuestra pequeña mente no es inmune: el miedo, lo terrorífico, lo monstruoso.

Todos los seres humanos hemos sentimos miedo alguna vez en la vida, pero quizá el más desconocido y difícil de explicar sea el que padecemos cuando somos niñxs, ya sea por el olvido de momentos de aquella época o por falta de testimonios conscientes en cuanto a madurez se refiere. Las madres y los padres se sienten también intranquilxs al ver a sus hijxs enfrentarse ante tal postura, pero lo que no saben es que muchas veces lxs causantes son ellxs sin darse cuenta.

Una de las diferencias más acentuadas que existe entre esta etapa con la etapa adolescente, joven o adulta es la forma de enfrentarse a las situaciones complicadas y terroríficas que surgen inevitablemente a lo largo de la vida de toda persona. Sabemos que cada individuo posee unas circunstancias personales distintas que intervienen a la hora de padecer miedo, terror o inseguridad, pero ¿qué lo provoca?. Hay muchos factores que pueden activar estas emociones, aunque sin duda, la ficción juega un papel importante en todo esto; por ejemplo, ¿qué decir de esos seres monstruosos que nos “persiguen” desde la infancia? ¿pueden ser lxs causantes de las pesadillas o de activar la imaginación hasta el punto de creer que un monstruo puede salir del armario? Esas ficciones popularmente creadas para cambiar el comportamiento de lxs niñxs, es decir, para que se porten bien, ¿pueden llegar a ser realmente beneficiosas, o quizás es al contrario?

Todos los tipos de miedos provocan situaciones de intranquilidad, pero quizás esto no sea tan malo como lo pintan. El miedo infantil según María Aurora Bohórquez en su libro *Los cuentos: recurso didáctico para superar los miedos* constituye un sistema de alarma que se encuentra en las personas desde hace millones de años, que a lxs niñxs les sirven de ayuda para lograr evitar situaciones potencialmente peligrosas para su integridad. Es una emoción que se experimenta a lo largo de la vida, pero que va cambiando a medida que aumenta la edad del individuo; aunque no nos guste sentirla, la necesitamos para lograr evadirnos de realidades arriesgadas que puedan hacer peligrar la existencia de entes tan pequeños.

Los efectos que pueden causar el miedo son varios, pero se engloban en: la dificultad para dormir bien, pérdida del apetito, evitar quedarse



en situación de soledad, pesadillas, falta de concentración, etc, aunque estos pueden cambiar según la persona y el entorno que le rodea.

En este artículo nos centraremos en un personaje popular del que todxs hemos oído hablar pero al que quizás no conocemos realmente. Es uno de nuestros principales “asustaniñxs” infantiles, ya que no nos permitía estar despiertos, levantarnos



de la cama o entrar en la buhardilla de nuestra casa, esa que tanta curiosidad nos provocaba, hablamos del COCO.

El coco es un personaje popular, una figura sin forma reconocida al que cada niñx puede ponerle un rostro, un cuerpo y una voz completamente distinta. Se suele imaginar con un color oscuro, ya que siempre actúa de noche, cuando la oscuridad acecha en las habitaciones de lxs niñxs. El lugar de residencia del coco para muchxs era la cocina, y tras caer la noche salía para llevarselxs a un lugar lejano y comérselxs.

Así es como se le ha dado vida a este misterioso monstruo generación tras generación, las madres y los padres contaban historias acerca de este ser sin rostro, para que sus hijxs, algo traviesxs, se portarán bien.

Según el diccionario de la Real Academia Española (RAE), la palabra “coco” en su segunda acepción se define como: “ser imaginario que mete miedo a los niños”.

Teniendo en cuenta que no se identifica con un personaje en concreto, como pudiera ser por ejemplo el hombre del saco o el fantasma de la ópera, se considera más bien un monstruo legendario con atributos y connotaciones diferentes según las diversas culturas; podemos decir que el *coco* tiene como denominador común de todas las versiones, el ser una figura recurrente

que se utiliza para imponer a lxs niñxs determinadas conductas o hábitos de una forma irracional y muy efectiva.

Tampoco existe un origen etimológico claro. Según la RAE procede del vocablo portugués *côco*: fantasma que lleva una calabaza vacía a modo de cabeza.

Xaverio Ballester, en su artículo *Vendrá el coco y Te Comerá* habla del personaje como un “asustaniños” dentro del folklore peninsular, que podría relacionarse con la raíz céltica *kokk-rojo*, asociando el color rojo con el dios de la guerra Marte o su variante céltica.

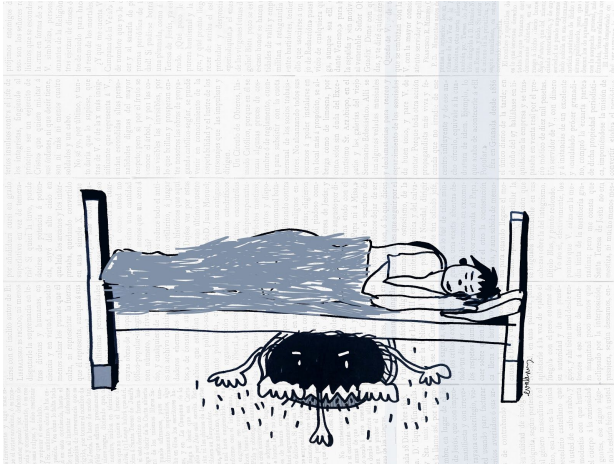
Este autor destaca también que no hay que obviar su relación con el fruto tropical que lleva este mismo nombre por “la semejanza que se creía o quería ver entre la supuesta cabeza del malvado coco tradicional y el fruto tropical, ya que su forma, tamaño, y algunas concavidades pudo conllevar a propiciar la figurada analogía visual con un tipo feo, oscuro y más encarado(...) como debería ser el coco”.

En el mismo sentido se manifiestan otros autores como Juan Coromines, que apuntan que “el fruto del cocotero habría recibido el nombre del monstruo infantil por comparación de la cáscara y sus tres agujeros, con una cabeza con ojos y boca, como la de un coco o fantasma infantil, y ya el árabe Abenbatuta (...) insiste en el año 1330 en esta notable semejanza”.

Sin embargo, según Coromines, no se encontraría aquí el origen del término, ya que el fruto tropical vino a nuestro país con posterioridad a la existencia del coco como monstruo infantil. Es más correcto, quizás, recurrir a la raíz céltica *kokk-rojo*, que asimilaron los griegos primero con el término *-kókkos-* y después los latinos *-coccus-*; término que constituía un apodo de Marte, Dios latino de la guerra por asociación del color rojo con la sangre y con la muerte que fácilmente causaría pavor en lxs niñxs.

Muchxs hemos crecido con la experiencia de encontrar estas historias inmersas en canciones como la de *Duérmete niño, duérmete ya, que viene el coco y te comerá*. O Nanas como la extremeña:

“Arroró, mi niño duerme, arroró,
que viene el Coco,
y se lleva enseguidita, al niño que duerme poco”
(Flores del Manzano 1999: 118).



Pero esta nana no fue la primera que habla de él, la nana más antigua está datada en siglo XVII y se encuentra en el *Auto de los desposorios de la Virgen*, obra dramática de Juan Cases:

Ea, niña de mis ojos, duerma y sosiegue,
Que a la fe venga el coco, si no se duerme.

Entrando en el mundo de la representación plástica, un pintor español que analiza y critica a este personaje y estos temas en general es la figura de Francisco de Goya. En uno de sus grabados famosos, *“Que viene el coco”*, en la lámina de cobre, realizada con la técnica del aguafuerte publicada en el año 1799 se puede apreciar en segundo plano a dos niñas muy asustadas que abrazan a una joven (supuesta madre). Se encuentran en ese estado porque delante hay una siniestra figura cubierta por una manta.

Con esta estampa Goya pretendía hacer una crítica a la educación que ofrecían las madres y padres antiguamente basada en contar historias diversas para asustar a lxs niñxs con seres imaginarios e inexistentes. Él consideraba que era una estupidez asustarlx con personas inexistentes habiendo ya en el mundo infinitud de cosas reales por las que se podían asustar.

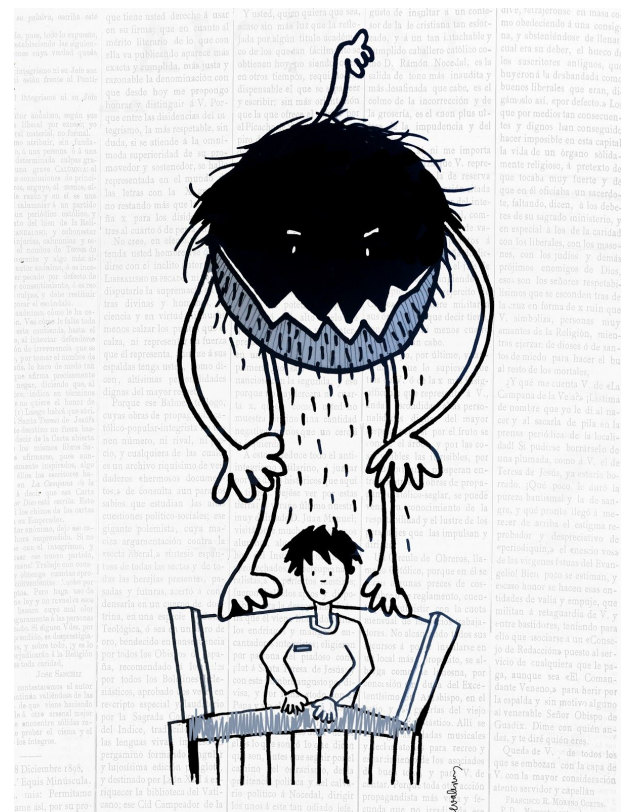
Goya toma a estos personajes desde el punto de vista “malvado”, por ello, se permite hacer una crítica a través de una estampa dentro de su colección de Los Caprichos. Estos Caprichos se convirtieron en símbolo de la obra del artista español, ya que plasman su manera de afrontar la realidad, presentándola más próxima y expresiva, con un lenguaje fresco. Con ello, que tomó la

iniciativa de criticar su sociedad en general, y, los miedos infantiles inculcados en particular.

La infancia, época en la que todo transcurre como en un cuento, aquella capaz de transformarse en los diversos colores que inundan las primeras páginas del libro de la vida; páginas que a su vez dan vida a todos estos monstruos que han formado y seguirán formando parte de nuestras vidas. Entran en nuestras historias cumpliendo el papel de antagonistas, pero a su vez, nos brindan espacio de libertad donde la imaginación se expande, creando seres e historias sin referencias. ¿Nos permitimos, entonces, darles las gracias?

Referencias

- BALLESTER, X. (2007) *Vendrá el Coco y Te Comerá*, Culturas Populares. Revista electrónica 5. Universidad de Valencia.
- BOHÓRQUEZ, MA. (20 marzo 2007), *Los cuentos: recurso didáctico para superar los miedos*. Educación y futuro digital.
- COROMINES, J [& Pascual José A. coll]. (1996) *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Editorial Gredos.



Ilustraciones: Eva M^a Lemus Rojas.